

Capítulo 17

El misterio de la madre de las ramera

([índice](#))

Apocalipsis 17:1-5: Vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas y habló conmigo, diciendo: “Ven acá y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas. Con ella han fornicado los reyes de la tierra, y los habitantes de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación”. Me llevó en el Espíritu al desierto, y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, adornada de oro, piedras preciosas y perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación. En su frente tenía un nombre escrito, un misterio: “Babilonia la grande, la madre de las ramera y de las abominaciones” de la tierra.

El propósito del libro de Apocalipsis no es proporcionarnos un conocimiento exacto de los eventos futuros en cada uno de sus detalles. Algunas cosas no las entenderemos claramente hasta que los acontecimientos finales se desplieguen ante nosotros. No es ahora nuestra prioridad determinar con precisión cada punto en la cronología, sino proclamar el evangelio de la salvación. “Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios, pero las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre” (Deuteronomio 29:29). Jesús explicó a sus discípulos la razón por la que les había proporcionado cierta información relativa a los eventos futuros:

“Ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda creáis” (Juan 14:29).

Hay muchos detalles en este capítulo que podemos comprender ahora:

(1) A Juan se le dio esta vista panorámica del juicio final de Babilonia tal como ocurrirá en el tiempo de las últimas siete plagas. Uno de los ángeles que tenía las siete copas de la ira fue enviado para dar una explicación a Juan. Dicho ángel rememora la trayectoria de Babilonia y la enlaza con la profecía de Daniel.

(2) Debido a que en la profecía una mujer simboliza una iglesia, de forma que una mujer pura representa una iglesia pura y una mujer malvada representa una iglesia malvada, la gran “**ramera**” que se cita aquí simboliza una iglesia que profesa ser cristiana, pero que ha sido infiel a Cristo (ver Jeremías 3:2 y 6:2; 2 Corintios 11:2 y Apocalipsis 12:1 y 17).

(3) La iglesia representada por esa mujer ramera (Babilonia) no se circunscribe a una denominación. El término incluye a sus hijas: iglesias que en cierto tiempo formaron parte de ella, y que posteriormente salieron. El credo del papa Pio IV dice: “Reconozco a la Iglesia católica, apostólica y romana como la madre y señora de todas las iglesias”. La palabra “**Babilonia**” significa confusión (ver comentario sobre Apocalipsis 14:8). “**Babilonia la grande**”, por consiguiente, es un término que Dios aplica a la unión ecuménica de todas esas iglesias del mundo que comparten una apostasía en común respecto a la verdad de Dios, y que finalmente se reunirán junto a “**la madre**” con el propósito de presionar a las naciones a que se unan en la rebelión contra la verdad de Dios y opriman a su pueblo. Será una reedición de las persecuciones de la Edad Media.

(4) Según Apocalipsis 17:15, las “aguas” sobre las que se sienta la ramera son “pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas”. La palabra “muchedumbres” indica que se tratará de grandes masas que en los últimos días apoyarán a Babilonia en su rebelión contra Dios. “Muchos pueblos en el valle de la Decisión; porque cercano está el día de Jehová en el valle de la Decisión” (Joel 3:14). La mayoría decidirá su destino en el bando rebelde contra Dios.

(5) Desde que el segundo ángel proclamó su mensaje: “Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación” (Apocalipsis 14:8), se ha producido un cambio en esas muchedumbres. Ahora el ángel indica a Juan que “los habitantes de la tierra se han embriagado” con ese vino de maldad. La predicación del verdadero evangelio de Jesucristo en su pureza aporta sabiduría y buen juicio a las naciones. Hay progreso cuando se avanza según la verdad de Dios. Pero las falsas doctrinas que enseña Babilonia abren la puerta a las mentiras más engañosas y causantes de confusión enviadas por el propio Satanás. Cuando comiencen a derramarse las siete plagas el Espíritu Santo se habrá retirado de aquellos que lo resistieron por tanto tiempo. Quedan desprovistos de su sano juicio, tal como le sucede al ebrio que no sabe dónde tropieza.

(6) En la profecía, una “bestia” es símbolo de una nación o reino (ver Daniel 7:17 y 23). Las siete cabezas y los diez cuernos identifican de forma evidente a esta bestia con el dragón de Apocalipsis 12, con el leopardo de Apocalipsis 13 y con la cuarta bestia de Daniel 7. Las naciones de este mundo no son intrínsecamente malvadas. Dios “de una sangre ha hecho todo el linaje [naciones] de los hombres ... y les ha prefijado el orden de los tiempos y los límites de su habitación, para que busquen a Dios” (Hechos 17:26-27).

Dios aprueba la ley, el orden y la prosperidad. Apocalipsis 17 anuncia el tiempo en que las naciones del mundo, simbolizadas por la bestia de color rojo-escarlata, renunciarán al principio de separación de la iglesia y el estado que ha traído progreso a tantas naciones, y apoyarán a la “mujer” ramera. Recurrirán al poder del estado para obligar a la práctica de sus falsas pretensiones religiosas. La unión entre iglesia y estado será tan estrecha, que el símbolo de la ramera cabalgando sobre la bestia tendrá una aplicación plena. Esas medidas desesperadas serán adoptadas sin duda como un esfuerzo por resolver el problema del crimen, la drogadicción y la corrupción en general.

Observa el contraste entre la vestimenta de la “mujer” ramera, y el de la que representa a la iglesia verdadera de Cristo. La “mujer” de Apocalipsis 12:1 es la verdadera iglesia de Dios, y lleva vestiduras blancas. Muchos aprecian en la forma de vestirse de ciertos líderes religiosos una asombrosa semejanza con la forma en la que está vestida la mujer ramera en la visión de Juan. Los seguidores de Cristo vestirán con sencillez y sin ostentación, sin oro, plata o joyas (ver 1 Timoteo 2:9-10; 1 Pedro 3:3-5).

Apocalipsis 17:6-7: Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús. Cuando la vi quedé asombrado con gran asombro. El ángel me dijo: “¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva, la cual tiene siete cabezas y diez cuernos”.

“La sangre de los santos” bien puede ser la que se derramó en los 1260 años de la supremacía papal —entre el año 538 y el 1798 de nuestra era—, período durante el cual millares de seguidores de Cristo fueron martirizados por su fe. Puede también referirse a la sangre que la moderna Babilonia espiritual buscará derramar en todos quienes rehúsen recibir la marca de la bestia. Dios no puede

permitir que su pueblo sea masacrado por su fe una vez que las siete últimas plagas hayan comenzado, ya que su testimonio y ejemplo como mártires no serviría para dar ánimo a generaciones futuras, tal como sucedió con los mártires del pasado. Se promete es: “Jehová es tu guardador ... Jehová te guardará de todo mal” (Salmo 121:5-7).

Pero incluso si no se permite a “Babilonia la grande” martirizar a los santos tal como quisiera, Dios la tendrá por responsable debido a su propósito determinado de hacerlo (ver 1 Juan 3:15). Juan se asombró al ver que la práctica totalidad del mundo pudiera repetir ciegamente el pecado de los judíos en su rechazo y crucifixión de Cristo, que en esta ocasión buscarán perpetrar en sus seguidores.

Apocalipsis 17:8-11: La bestia que has visto era y no es, y está para subir del abismo e ir a perdición. Los habitantes de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida desde la fundación del mundo, se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será. Esto, para la mente que tenga sabiduría: Las siete cabezas son siete montes sobre los cuales se sienta la mujer, y son siete reyes. Cinco de ellos han caído; uno es y el otro aún no ha venido, y cuando venga deberá durar breve tiempo. La bestia que era y no es, es también el octavo, y es uno de los siete y va a la perdición.

Juan contempla esa “bestia” del poder civil unido a la “ramera”, o iglesia apóstata. Esa es la forma en que Babilonia controló a las naciones de Europa durante 1260 años. El ángel indica que “la bestia ... es” durante la Edad Media. Pero justo antes del final de los 1260 años tuvo lugar una rebelión contra el papado en la Revolución francesa. Juan contempló ese misterioso terrorismo simbolizado en “la bestia que sube del abismo” (Apocalipsis 11:7).

Encontramos una expresión similar en Apocalipsis 9:2, que se refiere al terrorismo cruel del Imperio musulmán otomano.

El terrorismo se ha convertido en nuestros días en la oscura sombra que acecha las vidas de todos. El terrorismo internacional, sea comunista, capitalista, irlandés, musulmán, árabe, nazi, israelí, racial o religioso, medra a la sombra entre el secreto y la intriga, que son principios satánicos. Su motivación principal es el miedo. En contraste, el amor es la motivación de Dios.

El libro de Apocalipsis descubre el velo para mostrarnos el verdadero origen de ese fenómeno moderno del terrorismo: la Revolución francesa de la década de 1790. El terrorismo moderno es idéntico en muchos sentidos: implacable, brutal, blasfemo y antirreligioso. Considera a los seres humanos como esclavos que deben ser explotados, y opera desde lo oculto (sin negar que el peor terrorismo que ha conocido la historia no ha tenido un carácter ateo, sino religioso: la persecución papal en la Edad Media, o el terrorismo islámico radical de la actualidad).

Apocalipsis 17 es una continuación del capítulo que lo precede. Es como cuando una cámara hace zoom y pone la atención acercándonos al punto central. Su clímax se encuentra en el versículo 14: **“Pelearán contra el Cordero”**. Tan triste como cierto: la cristiandad apóstata se unirá finalmente con la **“bestia que sube del abismo”**. Rechazar el evangelio de Cristo en su pureza resulta inevitablemente en cooperar con los principios de la Revolución francesa.

En la profecía, el número siete significa plenitud. Los **“siete reyes”** simbolizan probablemente a todas las naciones del mundo que han prestado su apoyo a la apostasía contra Dios. Si se comprende la explicación de la visión que el ángel da a Juan como aplicada a los

días del apóstol, se podría considerar que los “cinco” reinos que “han caído” son Egipto, Asiria, Babilonia, Medo-Persia y Grecia. El “uno” que “es” representaría entonces a Roma pagana: el poder contemporáneo del apóstol. “El otro [que] aún no ha venido” sería el papado, que continuaría por un período “breve” por comparación con la totalidad de la historia del mundo. El “octavo” no sería realmente un reino distinto, ya que “es uno de los siete”, siendo la auténtica raíz y autoridad que sustenta a los “siete” a lo largo de toda la historia: Satanás, quien es el poder en la sombra detrás de todos ellos. Al final de la historia manifestará su consumada sagacidad al personificar al propio Jesucristo.

Cuando el futuro se despliegue ante nuestros ojos podremos comprender mejor los detalles. Esa “mujer” ramera es la “madre” de todas las rebeliones en el mundo. Nuestra tarea ahora es asegurarnos de que nuestros nombres permanezcan “escritos en el libro de la vida”, siendo así salvados del pecado de seguir junto con “toda la tierra en pos de la bestia” y de la mujer ramera, uniéndonos así en su rebelión contra el Cordero.

Apocalipsis 17:12-13: Los diez cuernos que has visto son diez reyes que aún no han recibido reino; pero recibirán autoridad como reyes por una hora juntamente con la bestia. Estos tienen un mismo propósito: entregarán su poder y autoridad a la bestia.

Es posible que esos “diez reyes” correspondan a las diez divisiones del antiguo Imperio romano a partir de las que se formaron los reinos europeos en el tiempo de la supremacía de la Roma papal. La mención de los diez cuernos se repite a menudo en Daniel 7. En los días de Juan no habían “recibido reino” todavía, pero iban a recibir “autoridad como reyes” juntamente con la bestia durante el largo período de la Edad Media, y estuvieron unidos a ella la mayor parte de ese tiempo. La expresión “una hora” se entendía

frecuentemente en griego como un período indefinido de tiempo. Las naciones modernas que en todo el mundo procuran el progreso están relacionadas de muchas formas no evidentes con esos “diez reinos” primarios de la antigua Europa.

Dado que los habitantes de la tierra están embriagados por haber bebido el vino de la fornicación de Babilonia (Apocalipsis 17:2; 18:3), carecen de buen juicio, y nuevamente “entregarán su poder y autoridad a la bestia”, a Babilonia, y de esta forma cometerán “fornicación” con ella. No es el plan de Dios que el gobierno civil se junte con la iglesia. Su fruto es oprimir y violentar la conciencia.

Apocalipsis 17:14-18: Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados, elegidos y fieles. También me dijo: “Las aguas que has visto, donde se sienta la ramera, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas. Y los diez cuernos que viste, y la bestia, aborrecerán a la ramera, la dejarán desolada y desnuda, devorarán sus carnes y la quemarán con fuego. Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso: ponerse de acuerdo y dar su reino a la bestia hasta que se hayan cumplido las palabras de Dios. Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra”.

Regresamos aquí a la batalla de Armagedón, en la que los habitantes de un mundo en apostasía “pelearán contra el Cordero”. Ese Cordero murió en la cruz a fin de reconciliar al mundo con Dios. El mensaje del Nuevo Testamento es: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo ... os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (2 Corintios 5:19-20).

Pero Pablo afirma que “la inclinación de la carne es contraria a Dios” (Romanos 8:7), y todos los seres humanos nacen en el mundo

con la misma mente inclinada a lo carnal. Eso significa que a menos que nos convirtamos seremos arrastrados sin remedio por nuestra propia naturaleza a participar en esa guerra contra el Cordero. El libro de Apocalipsis es una revelación profunda de la historia del mundo, que está encapsulada a pequeña escala en cada uno de nosotros individualmente.

Aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida son quienes dieron una feliz bienvenida al nuevo nacimiento, son quienes vinieron a ser hijos de Dios (ver Juan 1:12-13). Han entregado sus corazones en plena reconciliación con Dios. Su enemistad natural se ha cambiado por reconciliación con el Cordero que murió por ellos.

Pero quienes rehusaron la cruz de Cristo se han determinado en una actitud de resistencia al Espíritu Santo. Eso los llevará a una plena reconciliación con la filosofía de Satanás, y “[pelearán contra el Cordero](#)”. ¡Qué final terrible aguarda a los perdidos! ¡Qué vergüenza, luchar contra el Salvador del mundo! El pecado es locura.

“[El Cordero los vencerá](#)”. Cristo no los vencerá en calidad de un león fiero, sino en su carácter de cordero. Él nunca hizo sus conquistas por la fuerza. En su último gran encuentro con los perdidos, cuando Dios reúna a todo el mundo ante su trono, les presentará como en una pantalla gigantesca las escenas de Cristo en la tierra, su amoroso ministerio, sus milagros de sanación, el rechazo de aquellos a quienes vino a salvar, y su crucifixión en el madero.

Toda alma perdida comprenderá entonces que de forma misteriosa pero totalmente real tomó parte en el asesinato del Hijo de Dios. La cruz será vista entonces como un evento intemporal cargado de

significado. Los hombres y mujeres verán que mediante su elección de una vida de pecado se unieron a quienes le clavaron los clavos en sus manos y sus pies. Cada uno comprenderá entonces la verdadera naturaleza de su rebelión de toda una vida contra el Cordero. Verán que mediante una vida consagrada al yo se han alistado finalmente para guerrear contra el Cordero y contra el justo gobierno de Dios.

La visión de la cruz de Cristo en su verdadero significado traerá aguda y dolorosa convicción a los perdidos, quienes se condenarán a ellos mismos. No son capaces de mirar cara a cara al Redentor a quien han despreciado y rechazado, y clamarán a las rocas y a las montañas porque caigan sobre ellos y los escondan “del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero” (Apocalipsis 6:16). El castigo que impone el Amor a quienes lo han rechazado es el más doloroso de todos.

Todos sin excepción han sido “llamados”. Dios no quiere “que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). El que seamos o no “escogidos” depende de cómo respondamos al llamado. Cristo ha escogido a todos para que a su vez le escojan a él. Nuestra elección no es un accidente misterioso que dependa de un supuesto capricho o determinación divinos.

Un antiguo sabio afirmó que Dios vota a favor nuestro, mientras que Satanás lo hace en nuestra contra. Así, el resultado de las “elecciones” depende de cuál sea el sentido de nuestro voto. Quienes elijan a Cristo resultarán capacitados por su gracia para permanecerle fieles hasta el fin.

Quien sabe positivamente que cierto ladrón ha decidido entrar en su casa una noche y robar sus bienes puede optar por esconderse

y permitirle que entre, de forma que pueda sorprenderlo en el acto mismo de robar. Nadie dudará entonces que el ladrón es culpable.

Dios sabe que los malvados tienen la determinación de hacer guerra contra él. Durante el tiempo de las siete plagas postreras les da la oportunidad de consumir su propósito malvado a fin de sorprenderlos en el acto mismo. El universo de Dios no va a tener la menor duda respecto a la justicia de Dios o respecto a la culpabilidad de los malvados. Es en ese sentido en el que “Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso... hasta que se hayan cumplido las palabras de Dios”.